


Liga Polesotécnica III

MIRKHEIM

Poul Anderson



La Tierra ha establecido colonias interestelares y existe un continuado contacto con los extraterrestres. El imperio terráqueo está bajo el gobierno decadente de la capitalista Liga Polesotécnica, formada por grandes compañías. Nicholas van Rijn dirige una de las más poderosas y su nieta está casada con David Falkayn, héroe de *El mundo de Satán*. Pero el viejo orden agoniza. La Liga Polesotécnica está colapsada y surgen poderosos rivales que amenazan su predominio.

A Jerry Pournelle

Nota del editor digital.

La historia de la Liga Polesotécnica de Poul Anderson (Siglos ^{xxii} al ^{xxvi}), está enmarcada dentro de una «mega saga» llamada *Saga de la civilización técnica espacial* (siglos ^{xxii} al ^{lxxii} aprox). Esta ambiciosa obra de Anderson se puede decir que está seccionada «principalmente» en dos tramos históricos. El primero se centra en la época de Nicholas van Rinj, protagonista de una Liga Polesotécnica ya en pleno desarrollo, y finaliza con la decadencia de la misma. El segundo engloba la que se conoce como «Época de los problemas» y de forma más principal, la serie *Flandry*, perteneciente esta última al Imperio Terranao (Siglos después de la disolución de la Liga).

De los inicios de la Civilización técnica espacial y anterior a la Liga Polesotécnica, podemos encontrar: *El juego de Saturno*, una magnífica novela ganadora del Premio Hugo y Nebula, y el relato *El problema del dolor*.

Siglo ^{xxv} y ^{xxvi} – Este período, conocido quizá por sus lectores en V. O por «Future history of the Polesotechnic League», está marcado por la existencia de la Liga Polesotécnica, fundada en el siglo ^{xxiii} y tiene como personajes principales a Nicholas van Rinj y David Falkayn, que aunque no en todas, si aparecen, bien uno u otro, en la mayoría de los relatos.

En castellano y en orden cronológico aproximado, tenemos: *Un sol invisible*, *Guerra de alados* (novela), *Esau*, *El escondite*, *Rueda de tres picos*, *Territorio*, *El día en llamas*, *Llave maestra*, *El mundo de Satán* (novela), *La estrella del destino* y *Mirkheim* (novela). Todos los títulos pertenecen a la Liga. La mayor parte de los relatos los podemos encon-

trar en una recopilación llamada *Comerciantes de las estrellas*.

De este período existen otros relatos como: *Wings of victory*, *Margin Of Profit*, *The Season Of Forgiveness*, *Trouble Twisters*, *Wingless* y *Rescue on Avalon*; por mencionar alguno, que no están editados en castellano.

Siglo xxxi – Después de la disolución de la Liga en el 2550 y tras la llamada «Época de los problemas», se proclama el Imperio Terrano (2700/3500 aprox), el cual tendrá como principal protagonista a Domic Flandry, que da lugar a la subserie «*Flandry*» de la saga, y que transcurre en el siglo xxxi. Por desgracia y a pesar de su importancia dentro de la bibliografía de Anderson, salvo *En órbita* (Mayday Orbit), la más de media docena de novelas de la serie, no se han traducido al castellano.

—Sobre la Liga Polesotécnica—

Si bien la historia de la *Liga Polesotécnica* de P. Anderson, se compone de multitud de relatos e historias en las que aparecen un sinfín de personajes, protagonistas y mundos diferentes, se puede decir que hay tres historias que quizá por su tamaño y desarrollo, son las principales de esta saga: *Guerra de alados*, (*War of the Wing-Men / The Man who Counts*), *El mundo de Satán*, (*Satan's World*) y *Mirkheim*. Editadas estas últimas en castellano como novelas independientes.

Pero este no es el caso del resto de relatos, pues estos han sido editados su mayoría en tres recopilaciones diferenciadas, sin guardar un orden cronológico entre sí ni en relación con las novelas anteriormente citadas. Tanto las novelas como los relatos son historias con «ente» propio a pesar de estar enmarcadas en un mismo período histórico delimitado por la existencia de la Liga Polesotécnica y pue-

den ser leídos sin orden establecido a excepción quizá de las tres novelas. Por este motivo se han numerado tan solo estas últimas como parte de la liga. No obstante siempre es recomendable seguir un orden para entender mejor la historia global y para ello, creo que seguir el anteriormente mencionado puede ser acertado, aunque ni el propio Anderson se hace responsable de dicha cronología.

Prólogo

X-500 000.

En un tiempo había existido una estrella grande y orgullosa que brillaba como cien soles juntos. Su resplandor blanco azulado había lucido inmutable durante cuatrocientos millones de años, un reto para la oscuridad que la rodeaba y un desafío para aquellos otros soles cuyas lejanas luces se apiñaban en el cielo. Un compañero digno de su majestad giraba a su alrededor a gran distancia; un planeta con una masa igual a la de la Tierra mil quinientas veces y que brillaba como una brasa debido al calor de su propia contracción. Puede que también hubieran existido mundos y lunas inferiores, ahora no podemos decirlo. Solo sabemos que las estrellas gigantes rara vez están acompañadas y que, por tanto, aquello se debía a una curiosa orden de Dios, al destino o a la casualidad.

Los gigantes mueren jóvenes, tan arrogantemente como han vivido. Un día, el combustible de hidrógeno del núcleo se terminó. En lugar de hincharse y enrojecer, como hacen los soles inferiores cuando envejecen, aquel se desplomó sobre sí mismo. Energías inimaginables quedaron en libertad, los átomos chocaron unos contra otros y se fundieron creando elementos nuevos y extraños; la estrella explotó. Durante un corto período de tiempo su furia la hizo brillar casi tanto como toda su galaxia.

Ningún mundo ordinario podría haber soportado la tormenta incandescente que fue entonces arrojada hacia el exterior. Debió desaparecer por completo algo equivalente a la Tierra, vaporizado hasta el mismo hierro del núcleo. In-

cluso el poderoso compañero de la estrella perdió la mayor parte de su masa, saliendo despedidos hacia el infinito el hidrógeno y el helio. Esto absorbió tanta energía que el corazón metálico de aquel globo solamente fue derretido. Sobre él bullía la materia que arrojaba la estrella en su lucha con la muerte.

Gran parte de esa materia escapó hacia el espacio. Durante décadas de milenios, los restos del sol y de su planeta giraron en el centro de una nebulosa que, vista desde lejos, relucía como un encaje encantado. Pero a lo largo de años luz se fue desvaneciendo y disipando y la oscuridad avanzó hacia su interior. Lo que quedaba del planeta se congeló, destellando apenas en los puntos donde sus compuestos metálicos reflejaban el brillo de constelaciones lejanas.

Estas ruinas solitarias fueron a la deriva por las profundidades durante medio millón de años.

X-28.

El mundo que los hombres llaman Babur nunca será un hogar para ellos. Cuando Benoni Strang salió de su nave fue violentamente consciente del peso. Sobre sus huesos cayó casi el doble del empuje del Hermes que le había engendrado o de la Tierra que había engendrado a su raza. La carne gemía bajo su propia carga. La armadura que le mantenía con vida se convirtió en una piedra sobre los hombros, sobre los pies.

Aunque podía haber activado su propulsor y volar desde la escotilla, prefirió no obstante caminar por la pasarela hasta el suelo, como un rey de visita.

Al principio apenas pudo ver qué seres le esperaban. Mogul, el sol, estaba alto en un triste cielo púrpura enturbiado por nubes rojas, y aunque su brillo era más fuerte

que el del Sol o Maia, a aquella distancia era diminuto. El suelo nevado desprendía algo de luz, al igual que un acantilado de hielo a un kilómetro de distancia y que la catarata de amoniaco líquido que se despeñaba desde su cumbre. Pero su vista no llegaba hasta el horizonte. Creía que su límite visual por la izquierda estaba marcado por un bosquecillo de árboles bajos con largas hojas negras y que, a la derecha, podía distinguir la centelleante ciudad que sabía estaba allí. Sin embargo, esto era tan incierto como el recibimiento que le esperaba. Y todas las formas que divisaba eran tan extrañas, que cuando apartaba la vista de ellas no podía recordarlas. Aquí tendría que volver a aprender desde el principio cómo usar sus ojos.

Una atmósfera de hidrógeno y helio hacía que el estruendo de la catarata, el sonido de las botas sobre la pasarela y después el crujido de los témpanos cuando pisó el suelo sonasen estridentes. En cambio, el ruido de su respiración dentro del casco, el sonido de la sangre, los percibía como sordos toques de tambor. El sudor le humedecía la frente y sabía que apestaba, pero apenas lo advertía. Se sentía demasiado jubiloso por haber llegado.

Delante de él, la mancha fue cobrando forma con cada paso que daba hasta que se convirtió en un amasijo de unas doce criaturas. Una de ellas se acercó para reunirse con él. Se aclaró la garganta y dijo torpemente por el micrófono:

—Soy Benoni Strang. Queríais que viniese aquí.

El baburita llevaba un vocalizador que transformaba los zumbidos y balbuceos en palabras ánglicas.

—Lo pedimos en tu beneficio además del nuestro. Si vas a mantener estrechas relaciones con nosotros e investigarnos, y nosotros a ti, debes venir a menudo a la superficie de nuestro planeta y tratar directamente con nosotros. Esta visita será una prueba de tu capacidad.

Su capacidad ya había sido comprobada en las cámaras de reproducción ambiental de la escuela donde se ha-

bía preparado, pero Strang no se lo dijo. Podría ofenderles. Los humanos sabían poco sobre los baburitas, a pesar de dos décadas de contactos que habían culminado en un comercio que intercambiaba tecnología espacial por metales pesados y algunos artículos más. «No tenemos ni idea de lo que ellos pueden saber sobre nosotros», recordó él.

—Te doy las gracias —dijo—. Tendréis que ser pacientes conmigo, pero pronto estaré en una posición que recompense vuestros esfuerzos.

—¿Cómo?

—Encontrando nuevas áreas donde podamos hacer negocios en beneficio mutuo.

Strang no dijo que sus superiores no tenían demasiadas esperanzas de que eso llegase a suceder. Le había costado trabajo conseguir aquel destino dirigido principalmente a proporcionar unos cuantos años de experiencia práctica a un joven xenólogo cuya educación se había centrado en los planetas subjovianos.

Él no había insinuado nada sobre las ambiciones que alimentaba. La hora de hacerlo llegaría cuando tuviese pruebas de que su plan era posible..., si es que llegaba a serlo.

—Después de nuestra experiencia en Suleimán —dijo el nativo—, ponemos en duda lo que podemos conseguir de la Liga Polesotécnica.

La monocorde voz artificial no podía transmitir el sentimiento. ¿Existiría detrás realmente una emoción parecida? ¿Quién podía leer el corazón de un baburita? Ni siquiera tenían nada semejante a uno.

—La Compañía Solar de Especias y Licores no es toda la Liga —contestó Strang—. La mía es completamente distinta. No tienen en común más que ser ambas miembros de la Liga, y eso significa ahora menos que en el pasado.

—Estudiaremos esto —le dijo el ser—. Por eso cooperaremos con tu equipo científico. Queremos conseguir información además de proporcionarla, queremos obtener

los conocimientos que necesitamos para que nuestra civilización pueda reclamar un lugar junto a la vuestra.

Los sueños del corazón de Strang se avivaron.

X-24.

Las dos lunas de Hermes estaban en lo alto: Caduceus ascendía, pequeña pero casi llena, y la ancha guadaña de Sandalion se hundía hacia el oeste. Arriba, en la penumbra del atardecer, un par de alas atraparon la luz del sol que se acababa de poner y despidieron reflejos dorados. Un pájaro tilirra cantaba entre el follaje de un milhojas agitado por la débil brisa. La prisa del río Palomino resonaba en el fondo del cañón que él mismo había ido excavando, pero el sonido llegaba a lo alto convertido en un murmullo.

Sandra Tamarin y Peter Asmundsen salieron a la terraza de la mansión. Deteniéndose junto a la balaustrada, contemplaron el paisaje que les rodeaba: el agua que destallaba abajo entre la sombra, a su alrededor el bosque circundaba Windy Rim, y enfrente las siluetas violáceas de las colinas arcádicas. Sus manos se encontraron.

—Me gustaría que no tuvieras que irte —dijo ella al fin.

—A mí también me gustaría no tener que irme —repliqué él—. Ha sido una visita maravillosa.

—¿Estás seguro de no poder arreglártelas desde aquí? Tenemos equipos completos de comunicación, computación y recuperación de datos, de todo.

—En un caso normal llegaría con eso. Pero ahora..., la verdad, mis empleados de la casta de los Travers tienen quejas legítimas. Creo que yo en su lugar también amenazaría con ir a la huelga. Si no puedo evitar que los leales tengan preferencia en la promoción, por lo menos puedo negociar ciertas compensaciones para los Travers, por ejemplo vacaciones extras. Y sus líderes estarán más incli-

nados a llegar a un compromiso si me tomo la molestia de reunirme con ellos en persona.

—Supongo que tienes razón. Posees intuición para esas cosas. Me gustaría poseerla a mí también —suspiró ella.

Se contemplaron mutuamente durante cierto tiempo antes de que él dijera:

—La tienes, y más de lo que piensas. Y es mejor así... Probablemente serás nuestra próxima Gran Duquesa —dijo sonriendo.

—¿Lo crees de veras?

El tema que habían estado dejando de lado durante aquellas vacaciones salió por fin en aquel momento. La mujer añadió:

—En un tiempo yo también lo creía; ahora no estoy tan segura. Por eso me he venido aquí, a la casa de mis padres. Después de ver las consecuencias de mi propia estupidez, mucha gente ha dejado en claro lo que piensa de mí.

—Déjate de tonterías —dijo él, quizá con más aspereza de lo que quería—. Si tu padre no estuviese incapacitado por sus intereses en ciertos negocios no habría ninguna duda en cuanto a su elección. Tú eres su hija y la mejor alternativa que tenemos... Igual que él o quizá mejor... Precisamente por eso eres lo bastante inteligente para saber que lo que digo es cierto. ¿Me estás diciendo que vas a dejar que un puñado de puritanas y snobs te hagan daño? Dios mío, deberías estar muy orgullosa de Eric. Con el tiempo tu retoño será el mejor Gran Duque que Hermes haya tenido nunca.

Sus ojos se apartaron de los de él y se perdieron en la oscuridad de la espesura. Apenas pudo oírla.

—Si es que puede doblegar lo malo de su padre que hay en él.

Volvió a mirarle a los ojos y dijo con voz fuerte mientras se erguía:

—He dejado de odiar a Nick van Rijn. En realidad, él fue más honrado conmigo que yo con él o conmigo misma. ¿Y cómo podría lamentar el haber tenido a Eric? Pero últimamente..., Pete, tengo que admitir que me gustaría que Eric fuese legítimo. Me gustaría que su padre fuese un hombre que pudiese vivir entre nosotros.

—Una cosa así podría tener arreglo —respondió él.

Después su lengua se detuvo y permanecieron largo tiempo en silencio; dos humanos grandes y rubios buscándose mutuamente el rostro a través de una penumbra que casi les impedía la visión. La brisa arrullaba, el tilirra cantaba y el río reía en camino hacia el mar.

X-18.

Una nave recorrió el espacio hasta encontrar la supernova extinguida. El capitán David Falkayn observó el núcleo en órbita a su alrededor y vio sus riquezas. Pero su aspecto era tan amenazador que lo bautizó con el nombre de Mirkheim.

Poco después condujo allí otras naves que llevaban a bordo a unos seres que tenían la intención de extraer algo de aquella desolación. Sabían que el tiempo del que dispondrían sería corto y que, por consiguiente, debían trabajar duro y con decisión.

Falkayn y sus camaradas no se quedaron mucho tiempo. Tenían que vivir sus propias vidas. Regresaban de vez en cuando, ansiosos de saber cómo había marchado el trabajo, y los trabajadores les bendecirían siempre.

X-12.

Strang ya no caminaba cuando descendía a Babur, sino que viajaba con relativa facilidad sostenido por unos correajes

sobre un deslizador gravitatorio. Los nativos sabían que podía manejarse sobre su mundo lo bastante bien como para ganarse su respeto. Lo había demostrado una vez y otra, a veces con riesgo de su vida cuando aquella tierra violenta sufría un estallido, un terremoto o una avalancha. Hoy estaba sentado en una cámara construida de hielo y hablaba durante horas con el ser que él llamaba «Ronzal».

Este no era el verdadero nombre del baburita, que consistía en un conjunto de vibraciones que el computador del vocalizador había decidido traducir como «ronzal». Lo más probable era que no fuese nada parecido, aunque Strang nunca lo había podido averiguar con seguridad. Sin embargo, en el curso del tiempo él y el portador del nombre se habían vuelto tan amigos como era posible serlo en aquellas circunstancias. ¿Y quién podía decir a qué equivalía aquello?

El idioma que empleaban en conversación dependía de lo que cualquiera de ellos quisiese decir. El inglés o el latín de la Liga se prestaban mejor a algunos conceptos y el «siseman» a otros (estas tres sílabas eran otro invento del vocalizador). Y aun así de vez en cuando se veían obligados a buscar a tientas una forma de expresar lo que querían decir. Ni siquiera estaban siempre seguros de lo que el otro pensaba. Aunque habían pasado sus carreras intentando pacientemente construir puentes sobre las diferencias entre sus cerebros y sus historiales, la tarea estaba lejos de ser terminada.

Pero Ronzal podía decir algo que hizo sonar las trompetas en el interior de Strang.

—La oposición final ha sido vencida. Todo el globo está reunido en la Banda Imperial. Ahora estamos listos para mirar hacia fuera.

«¡Al fin, por fin! Pero todavía quedan años antes que nosotros, Babur y yo, podamos hacer algo más que mirar. Tranquilo, Benoni; muchacho, tranquilo».

El humano reprimió la exaltación de sus pensamientos.

—Maravilloso —dijo.

Ese era todo el entusiasmo que valía la pena demostrar, puesto que las dos razas no expresaban el júbilo de la misma forma. Añadió:

—Claro que mis colegas y yo lo esperábamos. Habíais conseguido tantas victorias que nos dejaba perplejos que hubiera sociedades que se atrevieran a resistirse. De hecho acabo de volver de una conferencia con mis... —vaciló—, mis superiores.

«En realidad ya no lo son. Según los acontecimientos aquí han ido cobrando impulso, al verse cada vez más probable que Babur de hecho podría convertirse en el tipo de instrumento que yo había predicho, y al haberme convertido yo en su principal y vital lazo con Babur, me he vuelto su igual y al final seré su jefe».

»No importa ahora, no tiene sentido fanfarronear, hasta que pueda poner de nuevo los pies en Hermes queda aún un fatigoso camino.

—Estoy autorizado para comenzar conversaciones con el fin de crear una armada espacial para vosotros —dijo.

—Entre nosotros hemos estado considerando cómo eso podría ser posible desde un punto de vista económico —respondió Ronzal—. ¿Cómo podemos hacer frente al coste?

Strang habló con precaución, mientras luchaba contra el estremecimiento que le recorrió intentando recuperar la frialdad.

—Es posible que nuestra relación esté madura para abandonar el intercambio valor-por-valor inmediato que hemos empleado hasta ahora. Es evidente que con los recursos que podéis ofrecernos no podréis comprar el desarrollo armamentístico.

(Oro y plata, que en Babur eran baratos porque con sus temperaturas el mercurio sólido cumplía mejor sus fun-